

en el interior y al propio tiempo desarrollado en el exterior una política vasta y universal, sentando uno y otra sobre bases al parecer indestructibles, habíase visto ya en vida, á consecuencia de las violencias que su sistema de gobierno trafa necesariamente consigo, envuelto en una série de conflictos con las facciones políticas que hasta entonces habian ejercido en Francia una influencia decisiva que perdieron durante su gobierno. Era, pues, natural que, muerto él, las antiguas facciones se agitaran con mayor energía. Siguiendo los consejos de su sábio ministro, Luis XIII habia adoptado para el caso de su propia muerte, que sus enfermedades hacían esperar como próxima, algunas disposiciones que debían asegurar durante la menor edad de su hijo, que solo contaba cinco años, la continuacion de la política hasta entonces seguida. Lo primero que con ello quiso evitar fué que su esposa Ana de Austria, que por razones de familia no habia estado nunca conforme con la política antiespañola de Richelieu, utilizara la regencia que por uso tradicional le correspondía para introducir algun cambio fundamental en el sistema de aquella política europea sobre la cual descansaba principalmente el poderío de Francia. Por esta razon dispuso que la reina, durante su regencia, tuviera á su lado un consejo en el que estaba destinado á desempeñar el principal papel el cardenal Mazarino, á quien con razon se consideraba como el continuador de la política de Richelieu. Pero á la muerte del rey, acaecida en 14 de mayo de 1643, el partido contrario á Richelieu, que estaba íntimamente unido con la reina regente, se desentendió de aquellas disposiciones y confió la regencia únicamente á la madre del monarca, en vista de lo cual los partidos á quienes Richelieu habia dominado esperaron que se produciría un cambio político radical y que de nuevo el poder pasaria á sus manos. El que mas confiado se manifestó fué el partido católico extremo que habia combatido constantemente la política de Richelieu por su alianza con los herejes; pero ¡cuán pronto vió desvanecidas sus esperanzas! Las tradiciones de la política que habia prevalecido en las últimas décadas, y á la cual debia Francia su poderío universal, pudieron mas en el ánimo de la reina, cuando esta se encargó del gobierno, que todas sus simpatías y antipatías personales, de suerte que á pesar de los lazos de parentesco que con la corte española la unían, perseveró en el sistema de hostilidad á España y poco á poco se fueron estrechando sus relaciones con Mazarino hasta convertirse en una confianza íntima y absoluta en el cardenal. Con esto subsistieron en Francia las tendencias fundamentales de la política de Richelieu, tanto mas cuanto que á raíz de la muerte de Luis XIII el joven príncipe de Condé alcanzó, en la guerra contra España, las brillantes victorias de Rocroy y Thionville de que antes hemos hablado.

Inmediatamente reanudaron los franceses la lucha en Alemania, pero encontráronse allí con la enérgica resistencia de las tropas bávaro-imperiales á las órdenes del feldmariscal Mercy y del general bávaro Juan de Werth, que habia sido libertado de su cautiverio. Guebriant, que en 1643 penetró en Suabia con el ejército weimar-francés, fué gravemente herido en Rottweil y falleció poco despues, y su sucesor Josías Rantzau sufrió en 24 de noviembre de 1643 una terrible derrota en Tuttlingen del Danubio, cayendo prisionero y desbandándose sus tropas. Luego consiguieron los bávaros arrojar á los franceses de una porcion de plazas fuertes que habian conquistado en la Alta Alemania, y hasta las conquistas llevadas á cabo por Bernardo de Weimar parecían estar en grave peligro, pues los bávaros pusieron sitio á Friburgo, amenazando con ello á Brisac que á costa de tantos esfuerzos habia sido tomada.

Mazarino, que comprendia perfectamente todo el valor de

estas posiciones conquistadas por Bernardo, se apresuró á enviar al otro lado del Rhin un nuevo ejército á las órdenes del mariscal Enrique de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena, que tanta fama habia de alcanzar en la historia militar francesa; pero tampoco este general pudo oponer una duradera resistencia á los avances de los bávaros, quienes en mayo de 1644 se apoderaron casi delante de su ejército de Friburgo. En su auxilio acudió desde el Mosa y el Mosela el príncipe de Condé, que habia recogido los primeros laureles en Rocroy y Thionville, mas ni aun así consiguieron los franceses victorias de verdadera importancia. Cierta que en agosto de 1644 lograron encerrar á los bávaros, despues de una tenaz resistencia, en Friburgo, pero no pudieron apoderarse de esa ciudad, ocupando en cambio Philippsburgo y aun la misma capital de la diócesis de Maguncia.

Poco despues se separaron Condé y Turena. Este, en 26 de marzo de 1645, repasó el Rhin y avanzó hácia Francoonia; pero, alcanzado en 5 de mayo por el feldmariscal Mercy en Mergentheim, sufrió otra terrible derrota que le obligó á retirarse por Hammelburg y á refugiarse en Fulda.

Esta victoria no fué de trascendencia únicamente en el teatro de la guerra del Oeste, sino que por ella una parte de las tropas imperiales quedó en disposicion de acudir á los territorios hereditarios austriacos, obligando á Torstenson á levantar el asedio que habia puesto á Brun y á retirarse á Bohemia. Entretanto el emperador habia conseguido firmar una paz separada con el príncipe Rakoczy de Transilvania, con lo cual quedaba por de pronto evitado el peligro inmediato que amenazaba á Viena.

Sin embargo, no por esto cambió de una manera permanente la situacion político-militar del emperador, porque los franceses, despues que Condé se hubo unido nuevamente á Turena, lograron en cierto modo reparar los efectos de la derrota de Mergentheim atacando, en union con los hessenses y formando un ejército de 30.000 hombres, á los bávaros é imperiales y derrotándolos por completo en la batalla que en 3 de agosto se trabó en Allersheim, entre Nordlingen y Donauworth, y en la cual sucumbió heroicamente Mercy. Por otro lado Koenigsmark habia sentado su planta en Sajonia y se habia apoderado de todo el electorado, con excepcion de Dresde y de Königstein, á consecuencia de lo cual el elector Juan Jorge se vió obligado á firmar con Suecia un tratado de neutralidad por seis meses, por el cual, además de obligarse á pagar á los suecos ciertas cantidades y á entregarles abastos, les cedia las ciudades de Leipzig y Torgau y les permitía el libre paso por sus territorios (6 de setiembre de 1645).

Pocos dias despues, Dinamarca puso término á la guerra sueca firmando en Bromsebro un tratado de paz en virtud del cual Cristian otorgaba á Suecia completa franquicia aduanera en el Sund y le cedia las ciudades de Gothlandia y Oesel. Y como entretanto tambien el elector de Brandeburgo habia conseguido, despues de una negociacion tan prudente como hábil, firmar con Suecia un armisticio, los suecos lograron una indiscutible supremacia en la Alemania del Norte, mientras los franceses, despues de la victoria de Allersheim, se hacían fuertes en los círculos suabio y bávaro.

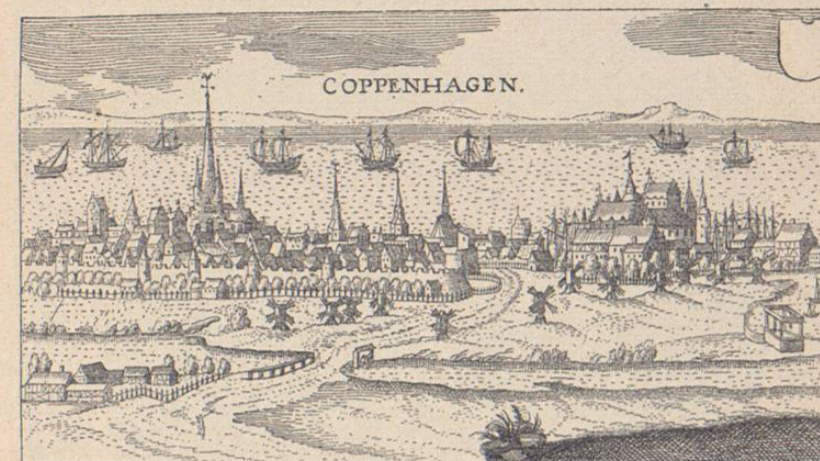
Era indudable, pues, que á pesar de haber tenido Torstenson que retirarse de Moravia y de Austria y de haberse visto obligado, por causa de enfermedad, á resignar en 25 de diciembre de 1645 el mando en Carlos Gustavo Wrangel, es indudable, decimos, que en aquel momento las armas sueco-francesas tenian evidente preponderancia en Alemania, de suerte que podían volver á respirar libremente los Estados protestantes y sobre todo Hesse, que tantas veja-

ciones habia sufrido durante los últimos años, desde que habia vuelto á unirse á Francia y á Suecia.

ÚLTIMAS LUCHAS Y COMIENZO DE LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

De dos clases eran las grandes cuestiones por causa de las cuales, á pesar de los vehementes deseos de paz que tenían casi todos los Estados alemanes, continuaba aquella guerra que habia asolado todos los territorios de Alemania, incluso la Marca. Tratábase en primer lugar de las indemnizaciones que las dos potencias extranjeras, Francia y Suecia, exigían por los sacrificios en hombres y dinero que les costaba la guerra, y en segundo de la solucion de las trascendentales cuestiones jurídicas relacionadas con el Imperio y con la religión que ya en las décadas anteriores á la paz habian traído

consigo la total ruina de la constitucion imperial, que habian sido la causa fundamental de toda la guerra y que podían condensarse en estas dos exigencias de los protestantes: concesion de una amnistía general y restablecimiento del estado de cosas anterior á 1618. Precisamente la combinacion de estas dos cuestiones distintas en su esencia, pero estrechamente relacionadas una con otra, era lo que tan extraordinariamente dificultaba la realizacion de la obra de la paz. Poco á poco todos se habian ido apartando cada vez mas del pensamiento, concebido en formas muy irregulares por Wallenstein, de facilitar por medio de la union de los príncipes protestantes una accion comun contra las potencias extranjeras. Ahora, cuando los príncipes alemanes levantados en armas contra el emperador estaban unidos á Francia y á Suecia por una alianza indisoluble, cuando en vez de



Vista de Copenhague

Facsimile del grabado publicado en la obra de J. L. Gottfried: *Inventarium Sueciae* (1632)

la paz general alemana por la cual con tanto empeño habia trabajado Wallenstein habíase firmado la paz de Praga, que convirtió los últimos restos de la constitucion imperial en una relacion puramente derivada de un tratado, era imposible tratar de las cuestiones alemanas interiores sin satisfacer al propio tiempo las exigencias de indemnizacion que las potencias extranjeras formulaban; ambas cosas eran ya completamente inseparables. Por esta razon, cuantos seriamente pensaban en el restablecimiento de la paz, y en primer término el joven elector de Brandeburgo, querían que en el congreso de paz que desde 1643 comenzaba á reunirse en Munster y en Osnabruck se tratase simultáneamente de los asuntos extranjeros y de los interiores de Alemania, pues solo así, solo tomando parte en las negociaciones de paz propiamente dichas todos los Estados alemanes con iguales derechos, podían desaparecer las causas fundamentales del estado de guerra, solo así podían conseguirse la amnistía general y el restablecimiento del estado de cosas de 1618, que tambien exigían los Estados extranjeros. De haberse excluido del congreso de paz, como pretendía el emperador, la discusion de las cuestiones constitucionales y religiosas aplazándolas para una futura dieta, la solucion dada á las mismas no habria quedado garantizada por la paz, y aun es de suponer que tal solucion no hubiese sido nunca un hecho, pues en la dieta habria inmediatamente surgido la antigua lucha de los partidos que habia sido causa de que se disolviera la que se celebró antes de la guerra. Las viejas formas constitucionales que en modo alguno armonizaban con el modo de ser de la nacion, modificado por la disidencia reli-

giosa, eran inútiles ya, como claramente se habia visto con harta frecuencia, para resolver las dificultades que en el órden interior de Alemania se habian presentado; y sin embargo, en la dieta de diputaciones celebrada en Francfort en 1643 todavia el emperador habia querido atenerse á ellas, y lo habia querido á pesar de que ó quizás precisamente porque con el despojo del Palatinado y las repetidas tentativas de reaccion la antigua forma habíase quebrantado y habia aumentado la preponderancia de los católicos. Sin embargo de esto, el emperador habia exigido siempre ser en el congreso de paz el único representante del Imperio, que se componia de dos partidos perfectamente separados y en abierta lucha entre sí, á pesar de que seguía negándose á conceder la amnistía general, que era condicion indispensable para que ambos partidos se unieran. Solo poco á poco y á consecuencia de los grandes triunfos de sus adversarios fué abandonando el emperador esa intransigencia que hacia imposible el logro de una paz estable. Únicamente cuando los representantes de Francia y de Suecia asistentes á las asambleas de Munster y Osnabruck declararon terminantemente que no comenzarían las negociaciones hasta tanto que estuviesen representados en el congreso todos los Estados del Imperio; cuando vinieron á dar mayor fuerza á esta intimacion los brillantes triunfos militares de Torstenson, y cuando finalmente algunos Estados católicos sinceramente partidarios de la paz unieron sus esfuerzos á los de aquellos embajadores, únicamente entonces el emperador, que acababa de proponer la reunion de una nueva dieta de electores, cedió por lo menos en aquella cuestion de forma y

consintió en que asistieran al congreso de la paz los representantes de los Estados imperiales alemanes. Este mismo juego se reprodujo cada vez que se trató de alguna cuestión de fórmula. En cuanto las armas imperiales conseguían alguna victoria en los campos de batalla, el emperador adoptaba una actitud intransigente, aumentaba sus exigencias y

se volvía atrás de lo que antes había concedido. Pero estos momentos en que aun parecía posible el triunfo de la causa imperial se hicieron cada vez más raros durante los últimos años, y como, además, el elector de Baviera, el amigo y partidario más fiel de Fernando, se mostraba cada día más vacilante y aun llegó á negociar separadamente con Francia,



Cristóbal de Koenigsmark

Facsimile reducido del grabado (1651) de Jeremías Falck (1619 á 1653 aproximadamente). Cuadro original de David Beck (1621-1656)

no le quedó en definitiva al emperador otro remedio que dejar que la obra de la paz siguiera su curso. La guerra y las negociaciones de paz no eran cosas independientes una de otras, sino que estaban íntimamente enlazadas y las vicisitudes de aquella reflejábanse en la marcha de estas. Examinemos ahora por un momento los sucesos de la guerra para poder ver luego la influencia que tuvieron en las negociaciones de la paz.

Después que en diciembre de 1645 Torstenson hubo designado en Wrangel el mando de las tropas suecas, halláronse de pronto estas en una situación bastante comprometida, pues Baviera, cuyas negociaciones con Francia no habían

tenido todavía un resultado favorable, envió una parte de sus fuerzas al Alto Palatinado, en donde se unieron á los imperiales en enero de 1646. A consecuencia de esto consideró Wrangel tan amenazada su posición en Bohemia que hubo de resolverse á abandonar aquel territorio y retirarse por Turingia al Alto Hesse, desde donde esperaba poder unirse al ejército francés de Turena que se encontraba en el Palatinado del Rin. A ello trataron de oponerse las tropas unidas de los bávaros é imperiales, para lo cual avanzaron desde Eger y por Franconia hacia la desembocadura del Mein; pero Turena supo engañarles simulando un hábil movimiento Rhin abajo, y haciendo creer al enemigo que se

dirigía á Flandes, marchó de nuevo hacia el Sur precipitadamente, logró como deseaba unirse á Wrangel en Francfort y atravesar el Mein á espaldas de los adversarios que permanecían en sus posiciones. El ejército sueco-francés se dirigió entonces inmediatamente hacia el Sur de Alemania, llegó en poco tiempo hasta el Danubio y en setiembre se presentó á las puertas de Augsburgo. Toda Baviera estaba en su po-

der y fué horriblemente devastada; el camino de los territorios hereditarios imperiales quedaba abierto nuevamente á los enemigos del emperador. Los franceses establecieron sus cuarteles de invierno en el Alto Danubio y los suecos en el lago de Constanza y se prepararon para atacar decisivamente durante la siguiente primavera los territorios hereditarios austriacos.



El mariscal Turenne

Facsimile reducido del grabado de Roberto Nanteuil (1630-1678). Cuadro original de Felipe de Champaigne (1602-1674)

En tan desesperada situación, se decidió al fin el elector Maximiliano á aceptar en marzo de 1647 el tratado de neutralidad que venía negociando con Francia desde hacía mucho tiempo y al cual se adhirieron después Colonia, Maguncia y Darmstadt. Entonces Wrangel, después de haber reunido en el Mein las tropas que ya nada tenían que hacer en Baviera, pudo pensar en emprender una nueva invasión en Bohemia. El emperador estaba completamente aislado y parecía, por consiguiente, que se sometería incondicionalmente al congreso de la paz y que tendría que acceder á la exigencia de Suecia que quería se fijase como año normal el de 1618 y no el de 1624 como había concedido Fernando. Sin embargo adoptó una política diametralmente opuesta, impulsado por el despecho que la defección de Baviera le había producido.

Por un lado envió decretos de llamamiento á las tropas bávaras que motivaron que una gran parte de estas, entre ellas el célebre general Juan de Werth, ingresaran en el ejército imperial robusteciendo así la situación militar de este; y por otro fingió en el congreso de la paz entenderse con Suecia y con Francia en detrimento de Baviera. Ya entonces casi se había decidido restituir por lo menos el Bajo Palatinado á Carlos Luis, heredero del desdichado rey de Bohemia; ¿qué sucedería, pues, si Fernando resolvía cederle todo el Palatinado y además la dignidad electoral? Bastó enunciar esa posibilidad para que Baviera se aproximase nuevamente al emperador con tanto más motivo cuanto que en aquel intermedio se habían acrecentado en cierto modo las fuerzas imperiales. Con efecto, en setiembre firmó Maximiliano con

Fernando el tratado de Pilsen por el cual el elector de Baviera volvía al lado del emperador y ponía á disposición de este un ejército de 10.000 hombres, con lo cual quedaba hasta cierto punto restablecido el equilibrio entre los dos partidos. Los imperiales hicieron frente á Wrangel entre Eger y Pilsen, y los españoles, que bajo la impresión de las pérdidas sufridas en su lucha con Francia habían llegado á una inteligencia con los holandeses, tomaron la ofensiva obligando á Turena á acudir en auxilio de los suyos. De nuevo parecía que la fortuna se inclinaba del lado de los imperiales: Wrangel hubo de retirarse á la Baja Sajonia por Turingia; el desdichado territorio de Hesse volvió á ser invadido y devastado por el ejército del emperador; los españoles ganaron nuevamente terreno en Cataluña apoderándose de Lérida, y el archiduque Leopoldo Guillermo avanzó hasta el Sambre, tomó Landrecis y, unido con las tropas del duque de Lorena, amenazó á la Picardía. Todo volvía á ser objeto de lucha así en el teatro de la guerra como en el congreso de la paz. En aquellos momentos en que el emperador adoptaba de nuevo su antigua actitud intransigente, Federico Guillermo de Brandeburgo presentó y defendió, aunque en vano, el proyecto de formar, en unión de Sajonia de Brunswick y de Hesse, un tercer partido independiente que obligara al emperador á firmar la paz, es decir, lo mismo que en otro tiempo se había propuesto Wallenstein. En vista de esto el emperador hizo todos los esfuerzos imaginables para atraerse al elector de Brandeburgo y en unión con él arrojar de Alemania á los suecos. Para lograr este propósito, ofreció á Federico Guillermo no solo toda la Pommerania, base de las negociaciones seguidas en Osnabruck con Suecia, sino, además, los cuatro obispados que según aquellas negociaciones debía recibir como compensación de la parte de Pommerania que cedía á los suecos y la jefatura militar y el directorio del círculo de los círculos de Baja Sajonia y de Westfalia. Todos estos ofrecimientos eran una fuerte tentación para el director, cuya situación diplomática en el congreso de la paz era sumamente comprometida; pero Federico Guillermo supo resistirla y rechazó cuanto el emperador le ofrecía. Acertó al obrar así, porque muy pronto se vio que los triun-

fos militares de los imperiales eran pasajeros. Con efecto, muy poco después las armas sueco-francesas reconquistaron la supremacía, y dicho se está con esto que el elector de Brandeburgo se habría visto entonces completamente perdido si antes hubiese aceptado los ofrecimientos de Fernando.

En la primavera de 1648, Turena volvió á pasar el Rhin por Maguncia y se unió á Wrangel para invadir de nuevo Baviera á fin de castigar al elector bávaro por haberse separado del tratado de neutralidad. Franceses y suecos avanzaron hasta el Lech y al llegar á Zusmarshausen les salió al encuentro un ejército bávaro imperial que, desde la muerte de Gallas, mandaba el antiguo general hessense, el protestante Melander, á quien el emperador, en recompensa de haberse pasado á sus filas, había nombrado conde imperial de Holzappel. En 17 de mayo de 1648 se trabó la batalla, que terminó con la derrota y muerte de Melander y cuyas consecuencias fueron la fuga de Maximiliano y la dispersión de su ejército. Las tropas de Wrangel asolaron el territorio bávaro mientras otra parte del ejército bohemio, á las órdenes de Koenigsmarck, penetraba en Bohemia. El emperador huyó á Linz y á fines de julio se presentaron los suecos á las puertas de Praga y se apoderaron del barrio de esa ciudad conocido con el nombre de Kleinseite (Lado pequeño).

Toda resistencia del emperador era ya imposible. Los Estados comenzaban á pensar seriamente en el congreso si debían firmar la paz, cada día más necesaria, en nombre del Imperio y sin intervención del emperador ni de la casa de Austria. Los suecos penetraron también en Bohemia por Silesia y se apoderaron de Tabor; el conde palatino Carlos Gustavo, nombrado por los suecos generalísimo del ejército, desembarcó con nuevas tropas y se dirigió á Bohemia remontando el Elba, y Wrangel se dispuso á proseguir desde Inn su movimiento de avance. Al mismo tiempo Condé conseguía en 20 de agosto una brillante victoria sobre los imperiales en Lens, en los Países Bajos. Preparábanse ya los suecos á bombardear la Ciudad vieja (Altstadt) de Praga, cuando llegó la noticia de haberse firmado la paz en Munster y en Osnabruck.

LIBRO TERCERO

LA PAZ DE WESTFALIA Y LAS CONSECUENCIAS DE LA GUERRA

SE FIRMA LA PAZ

Había comenzado la funesta guerra por una contienda sobre los derechos políticos y religiosos de los súbditos del emperador en los territorios hereditarios de este; por las mismas causas habíase extendido la lucha por todo el Imperio y al fin se había convertido en verdadera lucha por la existencia entre el catolicismo y el protestantismo por un lado, y entre el poder imperial y la independencia territorial por otro. Las importantes cuestiones jurídico-constitucionales y religiosas que durante los años que precedieron á la guerra se había intentado, aunque en vano, resolver por medio de negociaciones bajo los gobiernos débiles de un Rodolfo II ó de un Matías, habían originado una lucha que por espacio de una generación entera asoló y arruinó terriblemente los distritos de Alemania, haciendo de ellos campo de batalla de los ejércitos de naciones extranjeras. Esta intervención de las potencias había precisamente dificultado de una manera extraordinaria la obra definitiva de la paz que tan imperiosamente reclamaba la vida política, moral é intelectual de Alemania, puesto que no eran ya los miembros del Imperio los únicos que entre sí debían ponerse de acuerdo para remediar los gravísimos males que padecía el cuerpo imperial germánico, sino que el remedio estaba inseparablemente enlazado con la solución de los conflictos internacionales. Las cosas habían llegado á un punto tal que el pueblo alemán en su conjunto se hallaba despojado del derecho de decidir acerca de las formas de su propia vida política, y que el arreglo de toda cuestión que afectara á la constitución del Imperio dependía de si se podía llegar, y en caso afirmativo hasta qué punto, á una inteligencia con las potencias extranjeras. Entonces se vio claramente cuán funesto era para la totalidad del Imperio que los miembros del mismo se vieran cada día más obligados á invocar el auxilio extranjero para dirimir sus contiendas intestinas. Así como el emperador había acudido á España, con cuya familia real estaba emparentado, así también los protestantes solicitaron y obtuvieron la ayuda, primero de Dinamarca, después de Suecia y finalmente de Francia. Por esto cada uno de esos Estados se creyó con derecho no solo á exigir por los sacrificios hechos para la guerra una indemnización que únicamente podía satisfacerse desmembrando el desdichado Imperio, sino también con el derecho y en el deber de echar en la balanza el peso de su importante palabra para resolver los asuntos interiores alemanes que habían sido causa de toda la guerra. Esto era una ventaja para el protestantismo alemán, pues de esta suerte veía aseguradas por la garantía de las potencias extranjeras las concesiones que en el tratado de paz se le otorgaran y que

el emperador no habría hecho nunca sin la presión de los Estados extranjeros; pero para el Imperio era un perjuicio que quizás no podría nunca ser reparado. Las cuestiones religiosas y políticas del Imperio quedaban allanadas por un convenio, no entre este, sino entre sus distintos miembros y las potencias extranjeras, cosa que ningún otro Estado europeo hubiera en modo alguno tolerado. Lo que era un hecho desde las discordias surgidas en las últimas dietas, desde que todas las instituciones comunes habían quedado relegadas á segundo término ante la disidencia religiosa, se convertía entonces en un estado de derecho en toda forma: el Imperio germánico en su conjunto dejaba de ser un Estado, apareciendo cada vez más en lugar de él los Estados parciales.

¡Cuán distinta habría sido la situación si el emperador hubiera concedido antes espontáneamente lo que entonces había tenido que ir concediendo poco á poco bajo la presión de los desastres militares y la garantía de las potencias extranjeras; si hubiese dispuesto la paz de Praga tal como la había proyectado Wallenstein! Entonces habría sido posible agrupar á todos los príncipes alemanes en torno de la bandera imperial, uniendo á católicos y á protestantes en la resistencia común contra toda intervención extranjera; pero ni Fernando II, ni tampoco Fernando III en la dieta de Ratisbona de 1640 á 1641, se habían mostrado dispuestos á seguir aquella senda que habría podido conducirles á una política verdaderamente nacional. Como Carlos V en otro tiempo, así persistieron esos dos soberanos hasta el último momento, es decir, hasta que las influencias exteriores hicieron imposible toda ulterior resistencia, en el punto de vista en que se habían colocado y desde el cual los protestantes no eran considerados como miembros del Imperio con derechos iguales á los demás, sino como elementos bajo ciertas condiciones tolerados. Con su conducta los dos Fernandos, como en otro tiempo Carlos V, habían obligado á los protestantes, que no querían ni podían someterse á un Imperio de tal modo concebido, á buscar su salvación en una alianza extranjera que de todas maneras había de ocasionar grandes pérdidas territoriales y que entonces tuvo por consecuencia la intervención permanente de las potencias extranjeras en los asuntos interiores del Imperio.

Basta examinar claramente y en todas sus consecuencias esta situación para comprender las grandes dificultades que habían de ofrecerse para llegar á una paz que satisficiera á todas las partes y que zanjara todas las cuestiones pendientes. Y no sólo eran la multiplicidad é importancia capital de estas cuestiones lo que tanto dificultó las negociaciones entabladas, sino muy principalmente la situación distinta en que para cada una de ellas se colocaban los diversos partidos. Dada la índole en conjunto de las cuestiones que de-